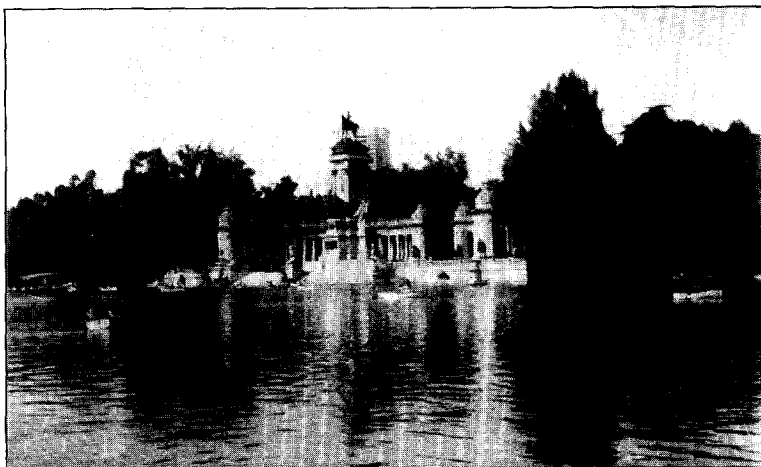


El  
monumento  
más  
importante  
de Madrid  
en honor  
de Alfonso  
XII.



## El glorioso insignificante

Es frecuente apelar al juicio de la historia para reivindicar —o denigrar en otro caso— la memoria de personas y ejecutorias. «La historia le hará justicia» o «que la historia lo juzgue» oímos a menudo. Es verdad que el paso del tiempo suele esclarecer el juicio que cada uno merece en las mentes sensatas e informadas de su posteridad; pero éstas son pocas y, en general, silenciosas. En cambio, la historiografía oficial —la que levanta homenajes y monumentos— no se destaca por su justicia, al menos en la España de los dos últimos siglos.

El monumento más espectacular que existe en Madrid —y en

España— es el dedicado a Alfonso XII en el parque del Retiro, presidiendo el Estanque Grande del mismo. Un gran hemisiciclo de columnas envuelve un conjunto realmente monumental en cuyo centro se yergue en alto basamento la figura ecuestre del monarca. Alfonso XII fue proclamado por un golpe militar y reinó constitucionalmente (es decir, en los sellos y en las monedas) durante sólo diez años, al cabo de los cuales murió tuberculoso a la edad de veintiocho años. Llamado «el glorioso insignificante» no alcanzó más fama que la de sus escapatorias de palacio para expansiones nocturnas. Y no sólo ese inmen-

so monumento, sino también la importante vía que limita al Retiro por el oeste se dedicó a la memoria de tan egregio personaje.

En cambio, las figuras más gloriosas de nuestra historia —y de la historia del mundo— como Hernán Cortés, Pizarro, el Cid Campeador o Alfonso el Sabio no cuentan en Madrid para su memoria más que con pequeñas callejuelas casi desconocidas.

¿Qué va a esperarse, en suma, de una ciudad que ha levantado hermosos monumentos a los militares españoles traidores a su patria que acaudillaron la separación y pérdida de América?

Rafael GAMBRA

## Porqué, como católico, no pude dar mi voto al PP

La democracia no es sólo un método para elegir a los cargos públicos por medio del voto igualitario, no se vota simplemente a unos hombres, se vota fundamentalmente a un programa de gobierno; dar un voto a un programa significa aceptar con convicción todas sus proposiciones, al menos las que tocan temas esenciales para la convivencia social.

A su vez, el ganador se encuentra formalmente comprometido a cumplir lo que prometió en su programa, en virtud de lo cual fue elegido por sus votantes. Moralmente, éticamente, democráticamente, no puede, ni debe alterar sus promesas electorales. Sería cínico e inmoral negarse a cumplir lo pactado con sus electores, reconociendo que mintió para captar el favor de los indecisos o dudosos.

Debo añadir que la esencia de

la Democracia debería exigir, una vez concluida la confrontación electoral, que todos los participantes, vencedores y vencidos, rindieran pleitesía a la mayoría triunfante, aceptando lealmente colaborar con los ganadores y su programa. Otra actitud representa poner límites y calificativos a la Democracia. ¿La verdad, el bien y la justicia, se definen también por el voto de la mayoría?

El programa del PP contiene la aceptación de la criminal ley del aborto, tal cual, e incluso su presidente ha dicho por TV que lo que es preciso no es ampliarlo, sino hacer que se cumpla. Esto equivale a aceptar el asesinato de los niños en el vientre de sus madres cuando se encuentren incursos en los supuestos aceptados por esta ley, la más inmoral y anticristiana vigente en las paganizadas sociedades actuales.

Dejo aparte el antifranquismo publicitario y cobarde de que han hecho gala muchos dirigentes del PP seguramente pensando que así atraen votos de la izquierda, ofendiendo a muchos de sus votantes.

Por esta única razón, a pesar de mi deseo de expulsar del poder al PSOE a causa de su ateísmo militante, de su incompetencia en la gestión pública y de la corrupción con que ha contaminado a la sociedad, no pude dar un voto, en conciencia, como católico al único rival serio del PSOE.

El voto testimonial o la abstención militante eran los dos únicos medios de manifestar la protesta y disconformidad con el régimen vigente, maridaje incestuoso del capitalismo usurario y del socialismo antiteo, ambos esencialmente anticristianos.

Carlos DE MEER Y DE RIBERA